

CAPÍTULO XXII.

Admirable celo de Rosa por la salvacion de las almas.

Amaba Rosa demasiado á Jesucristo para no interesarse por la salvacion de las almas rescatadas con el precio de toda su sangre. Cada vez que sus ojos veían á lo lejos las montañas de la América meridional á donde no había sido llevada todavía la antorcha de la fé, no podía contener el dolor que le causaba la triste suerte de tantas naciones todavía idólatras encerradas en aquellos valles inaccesibles. La apostasía de los pueblos de Chile, que por inconstancia volvieron á caer en el paganismo, affigíala aun más profundamente. Las Indias, la China, el Japon y la Turquía, eran para ella un motivo de amargas y continuas lágrimas. Habría querido en el ardor de su celo, que se hiciese de su carne una red para cerrar á tantos millones de almas el camino ancho que conduce al infierno; semejante en esto, como en todo demás, á Santa Catalina de Sena que deseaba se emplease su cuerpo, si hubiera sido posible, en cerrar la puerta por la cual caían estos pueblos desgraciados al fondo de los abismos.

Uno de los confesores de Rosa, á quien mandaron á un pueblo bárbaro de las inmediaciones, para predicar allí el Evangelio, habiendo venido á darle parte de su mision, le dijo ella acerca de esto las palabras más inflamadas: "Partid, padre mio, le dijo; id á trabajar en la salvacion de esas almas rescatadas con el precio de la sangre de un Dios: pues no podeis prestar al Señor un servicio que le sea más agradable. No tengais ningun temor, porque la asistencia divina está prometida al apostolado. Contad por nada las penas que siguen á este santo ministerio; aun cuando no hicieseis más que dar el bautismo á un sólo niño próximo á perecer, quedaríais demasiado recompensado de vuestras fatigas y de vuestros sufrimientos., El religioso, deseando saber si Jesucristo hablaba por la boca de su sierva, se expresó en un lenguaje enteramente opuesto á lo que ella decía. Yo no sé, le dijo, cómo han podido pensar en mí para un ministerio semejante, al cual el estado de mi salud me hace enteramente inútil. Desprovisto de fuerzas como estoy, sólo con el camino sería suficiente para matarme. Además, os lo confieso con toda sinceridad, los peligros que tengo que correr, me espantan. ¿Sabeis que se trata de afrontar el hambre, la sed, el calor, un extremo cansancio, el fastidio de un completo

aislamiento, los dientes de las bestias feroces, y el veneno de que acostumbran servirse esos bárbaros para librarse de los predicadores de la fé.? En verdad, todo esto no es muy capaz de alentar; pero no obstante, me tranquilizo un poco pensando que me dareis parte en vuestras oraciones y buenas obras.

Aunque la santa jóven tuviese tan humilde idea de sus méritos, no dejó para alentar al padre, de concederle lo que le pedía, suplicándole que por su parte le participara del provecho de sus trabajos apostólicos, á lo que condescendió con mucho gusto, y los dos convinieron en cederse mutuamente la mitad de sus méritos.

Por un efecto del mismo celo, Rosa exhortaba á abrazar este ministerio á todos aquellos á quienes creía capaces de llenarlo, especialmente á los jóvenes religiosos de su órden. "Creedme, les decía, hácia este fin debéis dirigir vuestros estudios: á este noble é importante apostolado deben tender todos vuestros esfuerzos: ¿no sería una lástima ver á los hijos de Santo Domingo, perder su tiempo y agotar su salud, en estudiar vanas sutilezas é inútiles controversias? Ya se que esto puede llevaros al doctorado, y valeros la reputacion de hombres sabios; pero estas cualidades no son un fin

ulterior, sino solo unos medios para llegar á él. Lo que conviene que os propongais en vuestras vigiliass y trabajos, es el haceros capaces de convertir el resto de la América. Decidme; ¿habrá ambicion más digna de unos religiosos como vosotros, que el proyecto de arrancar tantos millares de almas á la condenacion eterna, para darlas al Señor y poblar con ellas el cielo? ¡Ah! si Dios me hubiera hecho hombre, añadía, no hay duda que le habría ofrecido á Dios mis trabajos y sudores por la conversion de esos pobres Americanos, sin temer sus perfidias y su genio antropófago.. No permitiéndole su sexo ir ella misma á trabajar en la salvacion de estos bárbaros, concibió el proyecto de hacerse suplir por otro, y sólo la muerte pudo impedirle el ponerlo por obra. Quería adoptar un niño pobre, pero inteligente, y hacerlo educar por medio de las limosnas que le dieran algunas señoras piadosas. Contaba con que los religiosos de su órden se encargarían de su educacion y de la instruccion de dicho jóven, al cual ella misma dirigiría al ministerio apostólico, proponiéndole este noble fin desde el principio y manteniendo en él tan piadoso deseo con gran cuidado. Cuando llegara á ser sacerdote, le rogaría que en agradecimiento á sus beneficios, fuera á plantar entre los

bárbaros el estandarte de Jesucristo y á arrancar todas las almas que le fuese posible á la tiranía de los espíritus de tinieblas.

No era menor el celo de Rosa por la conversion de los pecadores. Si sabía que algunos cristianos estaban en pecado mortal ó expuestos á peligro próximo de caer en él, se azotaba de la manera más cruel, lloraba y gemía delante de Dios para hacerlos volver ó mantenerlos en el camino de la salvacion. "Que no me sea dado, decía, poder hacer el oficio de predicador! Iría con los pies descalzos, el cuerpo cubierto con un horrible cilicio y el crucifijo en la mano, á predicar la penitencia por todos los barrios de esta gran ciudad. Los recorrería tambien durante la noche gritando: arrepentíos, arrepentíos, pecadores; salid de vuestros caminos criminales. ¿Os dejareis llevar como viles rebaños á la carroicería de los demonios? Huid, huid de las desgracias eternas que os preparan vuestros enemigos; no hay más que un instante de vida entre vosotros y el infierno. Por favor, abrid los ojos para ver el abismo que está abierto á vuestros pies: tened piedad de vuestras pobres almas. Ovejas perdidas, á quienes el buen Pastor se digna buscar todavía, á pesar del desprecio que haceis á sus heridas y de su sangre preciosa, ¡ahl volved á este Salvador tan a-

mable, ahora que aun es tiempo, porque despues de la muerte ya no habrá perdon.,,

Con frecuencia tenía semejantes discursos, pero con un tono tan penetrante, que sus oyentes se deshacían en lágrimas. En una de estas ocasiones, en que estaba presente el P. Antonio Rodriguez, predicador general, volviéndose Rosa hácia él se atrevió á decir con toda modestia como confianza: "vos sabeis, padre mio, que Dios os ha confiado el ministerio de la palabra para convertir á los pecadores. Guardaos, pues, de emplear vuestros talentos en aparecer ingenioso, en sembrar flores, en remover cuestiones sutiles y lisonjear los oídos con palabras sonoras y frases pretenciosas: esta vana ostentacion, indigna de la verdad, os haría faltar á vuestro fin. Lo que Dios os pide son almas, y para esto os ha hecho pescador de hombres. Arrojad, pues, á lo léjos vuestras redes para capturar á los pecadores: sacadlos con destreza del abismo en que están sumergidos, y venid á ponerlos en la playa á los pies de Jesucristo su Salvador. Hé aquí el verdadero trabajo de los predicadores; y tal debe ser el fin de su glorioso ministerio.,,

En el tiempo que vivía Rosa en la casa de su madre, vino un jóven, más noble por la sangre que por la conducta, á establecer su domicilio en una casa inmediata á la que e-

lla habitaba. Cuando la vió por la primera vez, quedó admirado de su maravillosa hermosura; más sabiendo que no podía esperar tenerla por esposa, quiso á lo ménos procurarse el torcido placer de contemplarla. Habiendo oído decir que con el producto de su trabajo mantenía á su familia, quizo aprovecharse de esta circunstancia que favorecía demasiado su designio, pues confiándole alguna obra, adquiriría el derecho de ir de vez en cuando á su casa, y podía á toda su satisfaccion apacentar sus ojos con tan exquisita hermosura. Su resolución quedó tomada bien pronto: fuése á buscar á la madre de nuestra santa, y le dijo que necesitaba de la habilidad de su hija para que ejecutara una obra de bordado. Con este motivo, la madre le hizo entrar en el aposento en donde trabajaba Rosa con sus compañeras, y dijo á su hija que debía atender la proposicion que este señor venía á hacerle y convenir en el precio por el trabajo. El jóven, despues de haberla saludado, como se acostumbra, se sentó en frente de ella y le dió parte de su designio.

Miéntas que él le dirigía algunas preguntas que parecían probar que este negocio era el verdadero fin de su visita, Rosa, ilustrada de lo alto acerca de lo que pasaba en su corazón, tuvo lástima de su locura. "¡Oh

buen Jesus! dijo levantando los ojos al cielo, ¡cuán admirable es vuestra paciencia! pero en cuanto á vos, noble jóven, reconoced que no hay secretos para el Señor. Yo sé que no habeis venido aquí por el asunto que decís, sino por otra cosa, y si no temiese hacer os avergonzar, ya contaría en alta voz el verdadero motivo que os trae á verme. Vuestra locura me causa compasion: doleos de ella vos tambien y deploradla en la amargura de vuestra alma. Todo lo que no nos lleva á Dios, no es más que mentira, y lo que lisongea á la carne compromete la salvacion. Abrid los ojos ante el peligro á que os exponéis, concediéndoles el placer que desean. Andad, pues, con más precaucion en el camino de los divinos preceptos, si no quereis perecer. En vano trataríais de engañarme acerca de vuestra intencion, pues la conozco porque Jesucristo mi Esposo me la ha revelado."

Vicente Venegas, que este era el nombre del jóven, todo desconcertado por esta leccion que de ningun modo esperaba, bajó los ojos y permaneció algunos instantes en silencio, absorto en sus pensamientos. Luego, tomando la palabra, dijo á la jóven: veo que Jesucristo es quien habla por vos, porque sólo él ha podido descubrirnos mi interior y hacer os penetrar la mala intencion que me ha

conducido á vuestra presencia. Vuestra tierra exhortacion ha cambiado mi corazon. Si, puesto que Dios me llama á una vida cristiana, ya no resistiré á su gracia; pedidle que me sea propicio y que acabe en mí la obra de misericordia que ha empezado, como lo pienso, en consideracion á vos. Rosa le prometió el auxilio de sus oraciones, despues de lo cual se retiró penetrado de compasion y muy determinado á cambiar de vida. Efectivamente, se hizo en él tal renovacion que estaba desconocido: no contento con vivir como cristiano, se entregó á la piedad confesándose cada ocho dias, comulgando todos los domingos y edificando á todo el mundo por su prudencia y modestia.

Ninguna persona viciosa se acercaba á este ángel de virtudes sin sentirse mejorada, y voy á probarlo por algunos hechos. María de Mesta, mujer del pintor Angelini, estaba dominada de tal modo por el apetito irascible, que se hacía odiosa á todo el mundo y apenas podía soportarse á sí misma. La menor contrariedad bastaba para ponerla en una especie de furor; entónces gritaba, levantaba tempestades, y se servía de la mano tanto como de la lengua. Despues se reprochaba amargamente sus excesos; pero á la primera ocasion, cedía de nuevo á su compleccion biliosa fortificada por un largo

hábito. Habiendo venido un dia á visitar á Rosa, no sé por qué, la santa jóven aprovechó esta ocasion para trabajar en su conversion. Despues de haber hablado largamente y con elocuencia, del bien de la paz, le sugirió algunos medios prácticos de dulzura y de paciencia, y obtuvo la promesa de que los pondría en ejecucion. En efecto, ya desde este dia, dicha mujer se hizo dulce y tratable, soportó con valor las molestias y las dificultades de su estado, y si algunas veces el fuego de su temperamento parecía querer encenderse, no necesitaba para calmarse, más que pensar en la amable dulzura de su bienhechora. En fin, llegó á tal grado su paciencia, que no cesaba de pedir á Dios nuevas pruebas y más grandes tribulaciones.

Un religioso de Lima tenía la costumbre de fumar, con tal vicio, que lo hacía insupportable á todo el mundo, y acabó por comprometer gravemente su salud, perjudicando mucho á su perfeccion. El médico de la casa ensayó, pero en vano, disuadirlo de esta mala costumbre; y sus amigos juntaron inútilmente sus exhortaciones á la autoridad del doctor. Fué preciso que los superiores interviniesen, aunque sin ningun éxito: ni las prohibiciones, ni las censuras pudieron remediar este vicio imperioso que alimentaba hacia treinta y tres años. Sus hermanos,

afligidos, rogaron á nuestra santa que emprendiera esta conversion difícil, diciéndole para conmoverta, que no quedaba á este desgraciado ninguna otra esperanza. Rosa era demasiada compasiva para escuchar en semejante caso el sentimiento de su humildad. Por otra parte, este religioso le inspiraba tanta compasion, quanto que no pecaba por obstinacion sino por pura debilidad. Prometió pues trabajar en esta curacion con todo el celo que su Esposo se dignase inspirarle. Los intercesores se retiraron llenos de confianza y no fué en vano; pues apenas habian pasado cinco dias quando el enfermo concibió tal horror al tabaco, que aun el olor se le hacía insoportable, de suerte que no hubo necesidad de ningun esfuerzo para corregir este hábito tan inveterado. Y no fué este el único servicio que le hizo esta santa jóven, sino que le curó de muchas enfermedades que desde muchos años hacían su existencia muy penosa, y le obtuvo gracias tan poderosas que su conversion no se desmintió hasta la muerte.

Añadiré otro hecho para terminar este capítulo. El P. de Loayza que conocía perfectamente el celo de Rosa por la salvacion de las almas, recomendó á sus oraciones uno de sus hermanos que estaba muriendo en un estado casi de desesperacion. Era este un

religioso muy bueno, pero cuya conciencia, trastornada por los escrúpulos, le hacía creer que no había hecho ningun bien en su vida, y no podía esperar más que un juicio terrible. Rosa, llena de compasion respondió: "Id, padre mio, á ver al enfermo, y decidle de mi parte que tenga gran confianza en la misericordia de Dios; que yo os he prometido pedir para obtenerle una dichosa muerte, y que le cedo, del bien que haya podido hacer en mi vida, todo lo que se necesite para reemplazar los méritos que le faltan.,, El padre fué á toda prisa á llevar estas palabras consoladoras al moribundo, añadiendo, para mayor consuelo, que le suplicaba viniese despues de su muerte á pedirle sufragios si los necesitaba. El enfermo, que conocía perfectamente los grandes méritos de Rosa, quedó tan contento del don que le hacía, que inmediatamente se abrió su corazon á la esperanza. Recibió los últimos Sacramentos, y entregó su alma tranquilamente al Señor, despues de haber prometido el P. de Loayza venir á verle, lo mismo que á Rosa si Dios quería permitirselo. Viendo el Padre que no volvía, recibió alguna inquietud y dió parte de ello á la santa jóven; pero esta lo aseguró, diciéndole que el difunto, estando en el cielo, no tenía en adelante ninguna necesidad de sus auxilios.

CAPÍTULO XXIII.

Caridad de nuestra santa para con los pobres y los enfermos.

Cómo siendo Rosa tan pobre, y estando obligada á trabajar de dia y de noche para subvenir á las necesidades de su familia, podía socorrer á los otros indigentes, esto es lo que vamos á exponer para nuestra edificación, y gloria de la bienaventurada.

Habiendo venido un dia una persona á decirle, que un pobre de Lima estaba reducido á falta de todo alimento sin atreverse á declarar á nadie su miseria, el excelente razon de la santa jóven movióse á compasion, y no teniendo dinero que darle, le mandó los alimentos que á ella pudieran servirle por toda una semana.

Habiendo comprado su padre un dia una pieza de tela bastante considerable, la mandó á su mujer para que la emplease en su propio uso y en el de sus hijos. Esta, que sabía muy bien que á Rosa le faltaba toda clase de ropa, le dió treinta y seis varas para ella. La jóven, maravillada de un regalo que le parecia magnífico, exclamó: Cómo, madre mía, ¿esto es para mí sola? Sí, hija mía, es para tí, respondió, y puedes hacer de ello lo que te convenga. Estas palabras fueron to-

madas á la letra por esta jóven caritativa, y en lugar de emplear la tela en su propio uso, la dió en secreto á dos jóvenes de familia noble pero pobre, que sabía ella que estaban necesitadas de todo. Su madre, al ver que no empleaba la tela, sospechó el uso que había hecho de ella y para saber la verdad le preguntó por qué no la utilizaba. Ya está empleada, madre mía, respondió, y de tal manera, que no creo fuese posible sacar mejor partido de ella. Luego le confesó ruborizándose, la limosna que había hecho. Pero yo os había mandado, replicó su madre, que la emplearais en vuestras propias necesidades. Perdonadme, respondió Rosa sonriendo, pero me habeis permitido disponer de ella á mi gusto; por lo demas, no tengais cuidado por lo que toca á mí, si tengo algunas necesidades Dios proveerá. Y en efecto, proveyó, porque poco tiempo despues fué admitida en la casa del Contador, y allí encontró en abundancia todo lo que necesitaba.

La madre de Rosa había conservado de su antigua fortuna dos mantos buenos con que se cubría ensayando ya el uno ya el otro para presentarse decentemente en público. Habiendo una vez encontrado Rosa uno de ellos, tomólo y lo regaló á una jóven doncella cuya miseria acababa de saber. La madre, despues de haberlo buscado inútil-

mente por toda la casa, sospechó que lo habría robado alguna persona de la vecindad, y dió parte á su hija de este pensamiento temerario; mas no queriendo Rosa dejar subsistir una duda tan infamante para unas personas inocentes, rompió el silencio diciendo: no sospecheis, madre mía, de ninguna persona estraña en este robo doméstico, pues yo soy quien lo hice, y si no me engaño, sin ningun pecado, porque la privacion de este vestido, os será más provechosa que el disfrutarlo. La pobre señorita de Montoya podrá en adelante asistir á la misa y á las predicaciones de que estaba privada hacia mucho tiempo y vos tendreis el mérito delante de Dios. Por otra parte, nada perdereis, porque el manto que os quedá está muy bueno todavía, y yo sé que antes que se acabe recibireis otros muchos de la bondad divina. El cumplimiento de esta prediccion no se hizo esperar, pues poco tiempo despues habiendo venido á ver á su madre un desconocido, le mandó cuarenta monedas de plata para que se comprara un manto. Apénas lo había hecho, cuando recibió de una amiga, la Señora de Sala, un género de seda suficiente para confeccionar otro, y el dia siguiente, le llegó un regalo igual, sin que pudiese saber á quien era deudora de este beneficio.

En un barrio lejano de Lima, vivía en

una pobre cabaña Juana de Bobadilla, de ilustre casa, pero huéfana y enteramente desprovista de los bienes de fortuna. Por lo demás, era un ángel de virtudes, gracias sin duda á su pobreza, y Dios, para hacerla crecer en santidad, quiso mandarle tambien la enfermedad. Vinole un cáncer en el seno, que por falta de medicinas hizo en poco tiempo progresos enormes, amenazando su vida. La caridad que se debía á sí misma la hacía desear los auxilios de un médico; pero la cosa era difícil, tanto á causa de su indigencia como por estar su casa tan lejana; en efecto, ésta lejanía desalentaba la caridad de los médicos, y su pobreza no le permitía tomar una habitacion en la ciudad. Es verdad que encontró una persona que le ofreció recibirla en su casa; pero la tímida doncella como no la conocía, no se atrevió á aprovecharse de su generoso ofrecimiento.

Entre tanto, estando Rosa en oracion en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, conoció por revelacion la triste posicion de esta virtuosa jóven y comprendió que Dios quería confiarla á sus cuidados. Siempre pronta á seguir las inspiraciones del cielo, sale de la iglesia, va á ver á la enferma y le dice; "Hermana mía, tened ánimo. Hay en la casa de mi madre un aposento va-

cante que desea alquilar: voy á arreglarme con ella, y yo encontraré el medio de pagarle el precio que pida., Juana quedó agradablemente sorprendida de proposicion tan generosa, y aceptó ruborizándose este beneficio inesperado. Rosa, á quien esta aceptacion colmaba de gozo, volvió prontamente á su casa para proponer á su madre esta nueva locataria, obtuvo su consentimiento, y desde el mismo dia instaló á Juana en su alojamiento. No faltaba más que encontrar el dinero necesario para pagar á la madre de Rosa; pero esta se lo daba en secreto cada mes, y á los cinco de estar allí, ya la jóven estaba perfectamente sana. Entónces volvió á su domicilio penetrada de agradecimiento, pero sin poder manifestarle, porque Rosa le exigió el secreto, y solo despues de la muerte de la santa tuvo Juana libertad para referir el beneficio de que le era deudora.

Miéntas Rosa vivió en la casa de su madre, una de sus grandes satisfacciones, era, con su permiso, recojer en la casa á los pobres enfermos á quienes curaba con sus propias manos, procurándoles mendigando, las medicinas necesarias. Al principio sufrió constantes repulsas, porque la madre juzgaba que en el estado de salud de Rosa haría mejor en cuidarse á sí misma; más ha-

biendo conseguido la hija vencer las resistencias maternas, tan buena obra llegó á ser para ella una necesidad incesante. Cuando una enferma sanaba, buscaba otra, y adoptaba con preferencia aquella cuya enfermedad le parecía más repugnante. Luego que la llevaba á la casa, comenzaba por lavarla de la cabeza á los pies y curar sus úlceras; luego la vestía con ropa limpia, y la colocaba en una aseada cama. En seguida le lavaba sus vestidos y los arreglaba con un extremo cuidado, á fin de devolvérseles en buen estado despues de su curacion: en fin, la servía en todas sus necesidades con una caridad tan alegre como compasiva. En el ejercicio de tan santa ocupacion, no tenía ni miramiento ni á las conveniencias ni á la delicadeza. Miéntas que las otras señoras piadosas de Lima, creían no deber prestar semejantes servicios más que á sus compatriotas, Rosa por el contrario, curaba indiferentemente á las españolas y á las extranjeras, á las negras y á las mulatas, sin ningun respeto humano. No la desanimaba la clase de sus enfermedades; y la fetidez de sus llagas, el horrible aspecto de sus úlceras, y el exterior sucio y repugnante de tan pobres enfermos, parecían estimular su celo en lugar de inspirarle horror y repulsion. La feleicidad que

gustaba al prestarles los servicios más repugnantes á la naturaleza, como asearles las camas, limpiar la podredumbre de sus cuerpos, era tan grande, que en dejaba pasar ninguna ocasion de ir á los hospitales á desempeñar esos oficios, y la compasion que manifestaba á los desgraciados los llenaba de consuelo.

Volviendo un dia á su casa despues de haber curado á una anciana leprosa, comenzó á notar su madre un olor fétido que se exhalaba de los vestidos de su hija, y examinándolos entónces más atentamente viólos salpicados de inudicias cuyo sólo nombre hace estremecer á la gente delicada. A esta vista su corazon se estremeció, y llena de indignacion dijo á la santa jóven: ¿Cómo es posible que tengas tan poco cuidado de tí misma? Sin duda que el hábito blanco que traes no te lo han dado para que lo uses en un oficio tan sucio; y el olor que despides no se parece en nada al de la rosas. Cuando yo quería perfumarte con aromas deliciosos decias que te repugnaban esos olores estraños: tambien á mí me repugna el fétido almizcle que respiras, y debias evitarme su detestable olor. Rosa no pudo ménos de sonreír á estas palabras, y dijo á su madre: "Lo que se trae del servicio de los enfermos, es el

buen olor de Jesucristo: es verdad que la infeccion del mal se mezcla con él; pero ¿qué hemos de hacer? Por lo demás, la caridad no es delicada, y las enfermedades del prójimo no le causan ningun disgusto: en efecto, ¿no sabemos que todos somos formados del mismo barro, y que siendo la mortalidad un mal hereditario en nosotros, no hay nadie que no lleve dentro sí un foco de corrupcion que prepara la disolucion del cuerpo? Es, pues, muy poca cosa, mi querida madre, el contraer por descuido algunas manchas exteriores, puesto que la carne es más sucia aun que los vestidos." Aquí podriamos referir un hecho de mortificacion heróica apénas concebible, y que rara vez se encuentra en la vida de los más grandes santos; pero además de que sería dificultoso el narrarlo, paréceme que debo guardar consideraciones á la delicadeza de mis lectores, cuando se urata de cosas que no son en ninguna manera imitables. (1) Por otra parte, nuestra lengua se

NOTA. Por el contrario, nosotros creemos no deber privar al lector de un rasgo tan heróico, por falsas delicadezas, y copiaremos la narracion que de ello se hace en la Vida muy antigua de la Santa. "En caso de Doña Isabel Mejía habia una criada enferma al parecer de hidropesia. Dispuso el médico que la sangrasen y guardaron la sangre para que la viese. No vino en dos dias y se corrompió, de suerte que variando los colores publicaba los humores pestilentes de que estaba compuesta. Miróla Rosa y al registrarla los ojos, sintió se le revolvían las entrañas, y el estómago quisiera lanzar lo que en sí digería. Disimulóse por la presencia de la gente, y despedido el médico, pidió al esclavo que llevaba á vaciar las escudillas, se las diese para hacerlo por sí y la-

rehusa á esta clase de relaciones. (*la lengua francesa.*)

El Contador que le servía de padre á nuestra santa, contaba entre sus mejores amigos á Juan de Tineo guarda de las cartas de la cámara real, y hombre de una virtud eminente. En consecuencia, recibía sus frecuentes visitas, por lo que este Señor tuvo ocasion de ver á Rosa algunas veces, y sobre todo, de oír hablar de su santidad, y tenía para con ella la más profunda veneracion, al grado, de creer sin dificultad los milagros que se le atribuían. Así por ejemplo, creía, segun la relacion de la mujer de su amigo, que Don Gonzalo habia sido curado muchas veces de graves enfermedades por los méritos de la santa vírgen, y esta fé habia hecho nacer en él una grande confianza en su in-

varlas. Escondióse la santa en parte que le pareció no la veía nadie y reprendíase con el ejemplo de Santa Catalina de Sena y de San Diego. Ven acá, traidora, (se decía) ¿tú delicada? ¿Tú tan enemiga de ver la sangre de aquella pobre enferma? ¿Pues quién te ha enseñado á tí á hacer esos ascos? ¿Es eso lo que has estudiado de amor del prójimo? Es eso lo que te han enseñado los santos que sedientos de la salud de sus hermanos pusieron los labios en sus llagas como en fuentes cristalinas? Ea, vamos allá dentro, delicada; vamos y experimentarás si tú eres de mejor naturaleza que aquella pobre enferma en quien se está mostrando la imágen de su Criador. Entrose en el cuarto más apartado y con un valor indecible se bebió las dos escudillas horribles, haciendo que durase la bebida más tiempo para que así fuese más durable el castigo de su cuerpo. Lavólas despues y con todo disimulo y limpieza las puso en su lugar. Quiso Nuestro Señor que cuanto Rosa habia recatado el ser vista tanto fuese más pública aquella accion heroica, pues demás de saberlo Doña Isabel Mejía lo confirmasen las señales que quedaron en el lienzo con que se limpió los labios, que guardándole como preciosa reliquia obró el Señor por él infinitas maravillas."

tercesion para con el Todopoderoso. Habiendo caído peligrosamente enfermo á tal punto, que llegó á pedir los últimos Sacramentos, acordóse del poder de Rosa, y se persuadió que si se dignaba hacerle una visita lo curaría ciertamente. Contando tambien con la caridad de la jóven, le mandó suplicar con la mujer del Contador le concediera esta gracia. Rosa se resistía á esta invitacion, pues costaba mucho á su modestia determinarse á visitar á un hombre. No obstante, la conmisericordia hablaba muy alto en su corazon, y habiéndole mandado la señora que fuese con ella, creyó debia ceder á la obediencia.

Despues de haber mandado prevenir al enfermo de su venida, se dirigió primeramente, acompañada de la mujer del Contador, á la iglesia de Santo Domingo en donde oyó la misa. El sólo anuncio de una visita tan deseada hizo que el enfermo se hallase mucho mejor, y no dudó que la presencia de la santa lo dejaría curado enteramente. En esta confianza, la esperaba con impaciencia, y el menor ruido que oía fuera de su aposento le hacía estremecer de gozo. En fin, entró Rosa y le saludó con palabras tan dulces y compasivas, que los asistentes creyeron oír hablar por boca de la modesta vírgen, al Dios de todo consuelo. Entre tanto, fijando en e-

lla su vista el enfermo, quedó sorprendido al ver no sé qué aire de majestad angélica esparcido en su semblante, que acabó de persuadirle de que iba á ser curado; y no se engañó, porque en el mismo instante cesaron los dolores, se durmió profundamente y se despertó enteramente sano. Pudiera referir aquí otras muchas curaciones milagrosas; mas para no anticipar, no añadiré más que un sólo hecho que acabará de probar la bondad de su corazón.

Entre los numerosos pollos que criaba Mariana en el corral de la casa paterna, encontróse una vez un gallito muy hermoso: su cuello parecía cubierto de púrpura, la cresta majestuosa estaba coronada de un brillante copete de plumas; las alas ostentaban unas plumas de colores brillantes y variados, y la cola que terminaba por un arco iris; en fin este hermoso animal hacía las delicias de la familia, que se alegraba con el pensamiento de obtener de él una raza entera de preciosos polluelos. Al crecer el gallo se iba poniendo más hermoso, pero era tan perezoso que continuamente estaba echado en el suelo sin querer jamás cantar. La madre de Rosa despues de algun tiempo, no esperando ya verle multiplicarse, dijo un dia á su marido y á sus hijos que iba á matarle para servirle al dia siguiente en la mesa. Rosa, que e-

ra muy jóven todavía, tuvo lástima de este hermoso animal, y volviéndose á él dijo con inocente simplicidad en presencia de toda la gente: "Cantad, chiquitito, cantad pronto, para que no os cueste la vida..." Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el gallo, poniéndose en pié y sacudiendo fuertemente las alas, se puso á cantar con una voz retumbante. En seguida recorrió el patio con paso firme y precipitado, volviendo á cantar cuantas veces se lo mandaba la jóven. Todos los asistentes se pusieron á reir y revocóse la sentencia de muerte. Desde ese dia no cesó ya de hacer oir su voz sonora á las horas en que los otros gallos acostumbran cantar, y pobló además el corral de polluelos de su especie.

Pero volvamos á otras cosas más serias.

CAPÍTULO XXIV.

De la confianza en Dios que tenía nuestra Santa y cómo era muy bien recompensada.

Rosa, desde su más tierna infancia, había sido prevenida por Jesús con las bendiciones de su dulzura, inspirándole tal confianza en su misericordia, que jamás dudó un solo instante de su protección. De aquí venía ese gusto particular que tenía por estas